







Mapas de asfalto



Carmen Peire
Mapas de asfalto



menos**cuarto**

© Carmen Peire, 2024
Autora representada por la agencia literaria La Caprichosa
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-24-3
Dep. Legal: P-226/2024

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de portada: © Santiago Vaquero
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain — Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

*A Ignacio, Diego y Eva, la vida pese a todo.
A Leo, Martín y Telmo, el futuro que no veré.*

«Bajo las aceras, templando como un pulso, bajo los edificios temblando como un grito, bajo la pérdida de tiempo o el casco de la bestia sobre los huesos rotos de las urbes, siempre habrá algo que crezca como crece una flor, eterno, brotando de la tierra, siempre inmortal, fiel, que saldrá a la vida de nuevo como abril.»

No hay puerta, THOMAS WOLFE
(Traducción de Amelia Pérez Villar)

ESTÁN AQUÍ, han venido a verme. ¿Qué les digo yo ahora? Me sienta bien tener visitas, son jóvenes, transmiten una energía que ya no tengo. Pero he temido este momento y he deseado durante mucho tiempo que no tuvieran interés en mí, en lo que pueda contarles. Así que, cuando los he visto, me he echado a temblar. Ahora no me queda más remedio que cumplir mi promesa. He de poner en orden mis ideas, he de sacar fotos y remover el pasado para que ellos puedan proyectar su futuro. Si no hubieran venido, no tendría que desenterrar los recuerdos, algunos dolorosos, otros dulces y reconfortantes, aunque no sé, a estas alturas de mi vida, cuáles son los que dominan. ¿Por qué no me dejan tranquila?

Ya puestos, van a saber solo lo que yo quiera contarles. Y no lo haré de golpe, sino poco a poco, recreándome. De paso podré paliar el aburrimiento. Es lo único que tengo en esta residencia, aburrimiento y monotonía, a lo que añado la inutilidad del tiempo que vivo, lo que quise realizar y no conseguí, lo que renegué por todo ello. He aceptado que soy vieja, con todo lo que conlleva. Mi perspectiva ahora es otra y, desde luego, envejecer no es para

cobardes. Cuando era más joven, me pasaba el día arrepintiéndome de las cosas que no había hecho, de aquello que no me atreví a vivir: saltar en parapente, sacarme el carné de capitán de barco, dar la vuelta al mundo sola, hacer la revolución, aprender idiomas o comprarme una máquina de coser. Ahora no. Ahora me arrepiento, sobre todo, de los errores. Entre ellos, el que cometí con Montse, mi mayor pecado, mi mayor arrepentimiento. Dicen que de los errores se aprende, me parece una soberana tontería, a mi edad. Los errores conllevan mala conciencia, impotencia, incapacidad de rectificar por falta de tiempo. Me arrepentí hace mucho y cuando quise enmendar lo que hice mal, me encontré la puerta cerrada, no pude rectificar y llevo ese peso desde entonces. No me preocupa la soledad y, aquí, en esta residencia, hay mucha, aunque parezca que no, que la compañía es constante. Podría seguir rumiando mi tristeza, pero ya que han venido y me veo obligada a contar lo que no quiero, aprovecharé sus visitas para desempolvar poco a poco la memoria, revisar apuntes que debo de tener por algún lugar y ser lo más fidedigna que pueda, no sé si a los hechos o a los recuerdos, que para mí son lo mismo. Si en algo me equivoco, es por mis fantasmas, que tamizan la realidad de tal modo que lo que creo que ocurrió a lo mejor no es cierto. Y lo que es cierto, a lo mejor es imaginación.

Cuando todos los días son iguales, cuando parece que lo único que espero es cómo y cuándo desapareceré, vienen a remover el pasado y me toca ser otra vez parte de ellos. Qué jóvenes son. Y qué diferentes, pese a tener la misma edad. Entre nosotros se va a establecer una relación

vertical, yo la contadora, ellos los que escuchan, yo la activa, ellos los pasivos, yo la que sabe, ellos los ignorantes. No es buen modo de establecer confianzas, no quiero herir sentimientos o endulzar lo que ocurrió. Me gustaría encontrar ese punto medio, esa voz discreta y sugerente, que los anime a indagar, que los mantenga en vilo, que sea capaz de intrigarlos. Tienen derecho a saber y a no perder la esperanza. Aunque sea por todos los que ya no la tenemos. Para qué tantas molestias, me pregunto. Es por ella, por Montse, por su recuerdo, porque se lo prometí, pero lo haré a mi manera, ella no se va a enterar, aunque los muertos estén presentes, al menos los míos, parece que me observan, que esperan el día en que me reúna con ellos para ajustar cuentas. Y qué si lo hacen. Les he sobrevivido a todos. Que se jodan. Yo sigo aquí. Tengo vida. Achacosa, reumática, pero vida. Insulsa, aburrida, hastiada, pero estoy viva. ¿Qué necesidad tengo yo de contar todo esto?

EMPEZARÉ POR Hércules, ya sabréis por qué a su debido tiempo. Lo conocí al llegar de su pueblo, acaso una pequeña aldea de nuestra España rural. Debía de ser a finales de los ochenta. Él tenía entonces unos veinte años y yo veinte más. Quería ser barrendero y se había preparado para cumplir con su destino, dispuesto a dejar atrás el olor a cerdo, el trajín de las matanzas, los chillidos del animal, el despiece, hacer chorizos, morcillas, jamones. Cerdos que había criado y engordado para que murieran en sus manos, aprendido el oficio de su padre desde muy chico.

Recuerdo la primera vez que Montse me habló de él. Habíamos quedado a cenar y me fue poniendo al día de los últimos casos que traía entre manos. Y me habló de Hércules, al que habían estafado en su proyecto de cambiar de oficio. Se había presentado en el ayuntamiento como último recurso, una vez ya en la ciudad, cuando en el Departamento de Limpiezas le dijeron que el título que le habían expedido como barrendero no servía de nada, que le habían timado y sacado los cuartos.

Lo primero que hice, cuando me contó lo que le había pasado, fue echarme a reír, hasta que vi la cara de Montse,

con esa mirada penetrante que sabía poner cuando se enfadaba. Enseguida cambié de registro:

—Mira que llamarse Hércules... —le dije para cambiar el rumbo.

—Sí, y lo grande del caso es que aún no te he dicho su apellido: León.

Tuve que aguantarme de nuevo la risa, máxime cuando me lo había descrito como un ser escuchimizado, estrecho de hombros, más bien poquita cosa, muy flaco.

—¡Parece un chiste! —contesté.

—No lo es.

Por entonces yo estaba en paro, cobraba el subsidio y tenía bastante tiempo libre, salvo el que me quitaba mi hija. Había ido a buscar a Montse a la salida del trabajo, solía hacerlo a menudo. Vivíamos bastante cerca una de la otra, lo que me possibilitaba regresar a casa andando, aunque fuera tarde, con la niña dormida. A menudo llevaba la comida y cocinaba allí, he presumido de ser buena cocinera, en tanto que Montse era un desastre, no le interesaba nada la cultura culinaria: un filete a la plancha, una ensalada, un huevo frito o pescado rebozado. No había quien la sacara de eso. Era una exquisita en vinos, eso sí, ese era su patrimonio. Siempre sabía qué vino le iba bien a cada comida que yo preparaba y tenía un buen surtido en su casa. A mí me gustaba comer y cocinar, las dos cosas, y fui añadiendo a mi repertorio platos de otras culturas. A los guisos que controlaba por tradición familiar, fui añadiendo el *sushi* o los *makis*, que preparaba con utensilios japoneses y comía con palillos. Las berenjenas al estilo árabe, humus, las tor-

tillitas mexicanas, las hayacas venezolanas, el pollo al *mole poblano*, ensaladas vietnamitas, salsas agridulces, *chutney* de tomate verde... ¿Queréis saber lo que mejor me salía? Lo que aprendí, cómo no, de mi madre: croquetas, arroz con leche, leche frita, todos los pescados, guisos, cocidos, lentejas, además de lo que ya os he contado. Para cenar escogíamos algo liviano. Aquella noche lo más seguro es que hiciera una tortilla de patatas. Me quedaban muy ricas. Y la niña no daba la lata, se quedaba dormida enseguida, en el carrito o en la cama de Montse. Luego la recogía y nos volvíamos a casa.

—Tengo la sensación de que hoy me va a costar dormir —me dijo al acabar la cena.

—Bah, Montse, no te lo tomes tan a pecho, es solo trabajo.

—Sí, pero...

—No hay peros, ponme un poco más de vino. La verdad, ¡a quién se le ocurre tragarse que para barrer calles hace falta título!

—¿Y a quién se le ocurre pensar que por tener un título vas a tener siempre trabajo?

Me quedé de piedra. Tenía toda la razón, como siempre, máxime cuando yo estaba en paro, pese a mi título universitario. Solo pude contestar:

—*Touché*, Montse, soy una idiota.

—¿Sabes? Ese tipo parece tan poca cosa que me da más rabia que le hayan timado.

—Sí, pero, por lo que me has contado, tiene carácter.

—¿Cuánto dinero le habrán quitado?